

CERTAMEN DE RELATOS CORTOS

RETIRO

Me llamo Elisa, no sé por qué he cogido esta libreta y he empezado a anotar, si ni siquiera me gusta escribir. Quizá me sirva para algo, quizá no.

Hace algunos sábados me levanté temprano y puse unas cuantas cosas en la bolsa de viaje y cogí el coche camino al pueblo, en realidad, el pueblo de mi abuela porque nunca había sido mío. La única razón para ir al pueblo siempre ha sido mi abuela, el resto de 'atractivos turísticos' que valían para los demás no tenían sentido para mí; tal vez porque el pueblo me era conocido de toda la vida, mi razón para ir sin duda era ella... su risa, echo de menos su risa, ahora que ella no está. No me estaba dando cuenta lo que la echo de menos. ¿Por qué vine al pueblo si no es a verla? ¿Qué estoy haciendo? ¿Qué espero encontrar?, aún no conozco la respuesta.

Cuando aparqué en la zona alta y bajé hasta la casa todas las calles estaban en silencio, el único ruido lo hacía yo trasteando en la cerradura que siempre se atasca. Cerré y subí a la sala, esta era su cama. Respiré hondo y recorrí cada habitación, cada cuadro, encontré su cesta de la costura, la que tenía dentro la tela grande de Panamá con una vainica empezada, dejé la aguja en la cesta y me llevé la tela conmigo. No recuerdo que más hice esa tarde, creo que me quedé dormida pensando en ella, entre sus cosas.

Por la mañana bajé a la tienda a por cosas para desayunar y comer, no miraba a nadie, no quería explicar que hacía allí, cuando ni yo lo sabía. Estoy segura de que me reconocieron, pero no dieron más que los buenos días, acaso esperando a otra ocasión más propicia en que los mirase a la cara. A lo mejor es verdad eso de que en los pueblos la gente sabe mirar '*hacia dentro*' y vieron que no era el momento.

Hice una pausa en el balcón, se ve casi todo el pueblo desde allí, hasta el cementerio, todos los tejados, las casas blancas, el maravilloso cielo.

Nunca empiezo nada que crea que no va a funcionar, no quiero perder el tiempo, pero no lo vi venir, creo que Raúl tampoco se dio cuenta. Hace seis meses pensábamos que lo nuestro iba a ser para toda la vida, hace dos meses estallamos en una furibunda contienda de tal tamaño que ambos nos sorprendimos de nuestras propias palabras y hace un mes escapamos en desbandada temerosos de hacernos más daño. '*Raúl, ¿qué nos pasó?*'. Yo dejé el trabajo, quien lea estas notas pensará que me volví loca, pero los ahorros me llegaban, me llegan para una temporada sabática y mi prioridad en ese momento era no cruzarme con él por los pasillos de la oficina, puede ser una locura, pero el cuerpo me pedía a gritos salir de allí y quise salir.

No hace aún ni un mes que falleció mi querida abuela M^a Luisa, murió tranquilamente sin dar un disgusto a nadie de la familia, así cómo era ella, siempre queriendo

CERTAMEN DE RELATOS CORTOS

contentarnos a todos. Siempre queriendo contentarnos a todos. Y aquí me vine a pesar de que ella no está.

Después del desayuno recuperé parte de mi energía, y antes de que se hiciese más tarde, tomé el camino de la Puerta del Agua, al estar el pueblo en todo lo alto todos los caminos comienzan bajando, pero está bien, esta mañana era mejor empezar por algo fácil. Normalmente no salgo mucho a caminar, siempre aparece algo que parece más urgente pero ahora no tengo excusa.

Empecé mirando al suelo, como en la tienda, pero algo ha pasado, que raro... si no he hecho más que salir. Llevaré andando quince minutos y ya he dejado de ir tan deprisa. Escuché un pájaro muy cerca y me detuve a mirar alrededor pero no llego a distinguirlo, no sé nada de pájaros. En cambio, llaman mi atención esos olivos quizá centenarios, tampoco se mucho de olivos. Me gustaría ser como ellos ¿o no? mi abuela diría: 'qué tonterías dices niña, como vas a ser igual que un olivo, tú eres una niña, ¡una mujer! y muy hermosa'. Si estuviera aquí, paseando conmigo, le trataría de explicar y ella seguro que sabría, siempre sabía mucho más de lo que yo esperaba que supiera, era muy sabia.

Mirando el campo pensaba ¿qué se hace en octubre? Sin tener una idea del todo clara creo que la uva ya se ha recogido y que la aceituna no ha empezado aún, me suena que es mas de invierno. Mi abuela me hubiera explicado cada detalle: 'si es que ahora, con tanta oficina y tanto edificio de 10 pisos nadie mira abajo, aquí al lado están los árboles y los de ciudad os los estáis perdiendo'. Aquel árbol retorcido es un algarrobo, de niña siempre hacíamos un camino, al menos una vez cada verano, y nos parábamos a descansar en uno enorme mucho más grande que este.

Volví cansada, mis rodillas son testigo de ello, el camino se encargó de detener mi desasosiego y llegué a casa con el ánimo tranquilo y una sonrisa en los labios. Comida y un libro y toda la tarde estaría en la casa de mi abuela junto a sus cosas.

Nuevo día, esta mañana bajaré a la playa.

Cogí el coche, no es tan reconstituyente como caminar, pero las constantes curvas de la carretera hacen que te tengas que centrar en conducir, cómo mucho en anticipar la siguiente curva y como recompensa a la atención prestada obtienes unos paisajes locales, cambiantes al compás del giro de volante y sin apenas darte cuenta terminas tu viaje abajo, a nivel del mar.

Mira esa gaviota, sólo estamos las dos, ella caminando como si toda la playa fuese suya y yo mirándola pasito a paso.

El sol me puso alegre, me envolvió con su cálido manto y me quedé horas mirando al mar tranquilo y oscuro. La gaviota se cansó de mí y marchó a sus quehaceres.

CERTAMEN DE RELATOS CORTOS

Tenía tres llamadas perdidas, dos de un número desconocido, ¿Quién será? No pensaba devolver la llamada a un extraño, sólo a Carmen, mi hermana, a ella si la llamaré para que no se preocupe por mí y para que me saque una sonrisa. Carmen es revoltosa y traviesa y terminamos llorando de risa cuando recordamos el día que siendo pequeñas quisimos esconder a la abuela todas cacerolas en la sala y nos pilló por las escaleras con un montón de ollas que acabaron por el suelo con un enorme estrépito. A Carmen no había que contarle nada, ella también sabía, casi tanto como mi abuela.

¿Alguien dijo que las rutinas son sanadoras? Algo cierto debía de tener pues los siguientes días me levantaba temprano, recorría mis zonas preferidas del pueblo y terminaba en la tienda a comprar pan tierno para el desayuno. Ya no me importaba si alguien se dirigía a mí, hasta era capaz de sonreírle a la señora Encarna - *‘¡Ay niña!, como echo de menos a tu abuela, mi Maria Luisa, sabes que fuimos amigas desde el colegio, y nos casamos el mismo año. Íbamos de paseo todas las tardes, hasta La Molina y vuelta, ahora tengo que ir sola’*. Esto también era rutina, me decía prácticamente la misma frase cada día mientras me apretaba fuerte la mano y tardaba algunos segundos de más en soltarla.

Me dejaba un rato pensando en la soledad, en sus distintas caras, acaso era una especie de salida, una evasión para mí, mientras que para la señora Encarna más me parecía una sentencia poco revisable. *‘- Por qué no llama a su hija y se va con ella una semana, así ve a sus nietas’* También yo me repetía en mis consejos. *‘- En Navidad, iré en Navidad, como todos los años, que tienen vacaciones y se ponen contentos de verme. Ahora están trabajando y sería un lio. Mi hija me llama todos los días al móvil y eso que casi no se usarlo, pero hablamos un buen rato y nos quedamos más a gusto las dos’*.

Las noches eran magníficas, desde la azotea de la casa se veía la vía Láctea y mil estrellas que no existen en Madrid, y abajo los pueblos iluminados como un pequeño belén con sus lucecitas. El tiempo se paraba un momento y el aire traía aromas de silencio y de abismo.

Era sábado, me levanté contenta, aún no sabía si salir a caminar o bajar a la playa, bajé a la plaza del pueblo que tenía una vista espléndida, quería mirarla despacio para decidirme si caminar o playa. De repente lo vi, de ese coche más que conocido se estaba bajando Raul. Allí le tenía a dos metros de mí. Una sensación de irritación creciente fue subiéndome a la cara, unida al rubor que notaba en mis mejillas entonces subí la cabeza y le miré directamente a los ojos, no podía creérmelo ¡estaba sonriendo! y le dije “Es que no voy a poder librarme de ti ni marchándome a seiscientos kilómetros”, le observé mientras se le congelaba la sonrisa, no parecía esperarse este recibimiento, entonces me di media vuelta y me marché. Decidí sobre la marcha meter en una mochila alguna cosa de comer y coger el camino hacia el río,

CERTAMEN DE RELATOS CORTOS

es un camino que recordaba de ir de niña a casa de mis tíos y aún no había ido por allí. Toc, toc, toc, mi corazón seguía toc, toc, toc, no había parado de trotar desde la escenita de la plaza.

De niña siempre me había parecido un camino muy largo, todos los primos empezábamos a decir que estábamos cansados al poco rato de salir del pueblo, pero hoy avanzaba sin darme cuenta. Al llegar abajo, cerca de 'Los Perez' pasé una zona de hierva alta que dejaba poco visible el camino, entonces pasó un pequeño animal corriendo y me asusto, tratando de apartarme pisé entre dos piedras y sentí un tremendo pinchazo en el tobillo. Me senté en el suelo y examiné mi tobillo, me dolía bastante, no tanto como en el momento del pinchazo pero no sabía cuánto podría andar. No estaba lejos de las casas así que, despacito, apoyando lo menos posible llegue a pedir ayuda. El señor Paco me acercó en su furgoneta al consultorio médico. 'Señorita, tendrá que guardar reposo durante 3 o 4 días, deje que la cuiden y hágame caso o podría complicar la recuperación'. Me fui en un taxi sin explicar al médico que por allí cerca no tenía quien me cuidara, tendría que apañarme sola.

Tenía comida para los dos primeros días, ponía una banqueta y cocinaba sentada, luego me llevaba un libro o cualquier otra cosa a la cama y hacía reposo. Tampoco me iba mal, me encanta la casa, en cada esquina veo algo entrañable o me acuerdo de algún juego con mi hermana, con mi abuela haciendo que no mira y ocultando su sonrisa detrás de la labor de punto. Al tercer día bajé despacio a la tienda y el dependiente se ofreció a subir toda la compra a mi casa y a llévame todo lo que necesitara, incluso me dio el teléfono por si necesitaba algo más que no tuviese que bajar. ¡Esto es un pueblo! Si necesitas que te echen una mano, mucho mejor que ocurra en un pueblo.

Al cuarto día empecé a apoyar con un poco más de normalidad, pero aún me quedé disfrutando de la casa dos días más.

Al salir y ver el sol me puse tan contenta pero tampoco era cuestión de ponerse a caminar, mejor sería dar el paseo en coche. Metí las cosas para bajar a la playa y conduje por la serpenteante carretera, al pasar el hotel no pude dejar de fijarme en que allí estaba el coche de Raul, pensaba que se habría marchado. Toc, toc, toc mi corazón aceleró toc, toc, toc, ¿Por qué seguía aquí? La carretera exigió mi atención, curva a derecha, curva a izquierda, otra más a la izquierda, toc, toc, toc. En la playa disfruté del sol y del buen tiempo, pero no conseguía librarme de esa idea ¿Por qué sigue aquí? ¿Por qué sigue aquí?

La gaviota dueña de la playa seguía por allí sin prestar atención a los invasores urbanitas, como yo, que no tardarían en marcharse y dejarla incólume en la soledad de su hacienda.

Al volver al pueblo me estaba esperando.

CERTAMEN DE RELATOS CORTOS

- *‘¿Puedo entrar?’* Preguntó de repente, indagando dentro de mis ojos
- *‘No’* Respondí
- *‘¿No podemos hablar dentro?’* Siguió más suave, sondeando
- *‘¿Por qué sigues aquí?’* Insistí
- *‘¿Por qué sigues tu aquí?’* Respondió decidido
- *‘Yo tengo casa, la casa de mi abuela, tú no tienes nada’*
- *‘Estás tú’*
- *‘¿Y eso que significa?’* Pregunté impaciente
- *‘Significa que yo debo estar donde tú estés que no puedo vivir en otro sitio porque no merece la pena, quiero verte, hablarte’*
- *‘Calla’* Interrumpí, *‘no tienes derecho a imponer tu presencia si yo no quiero’*
- *‘¿No quieres que esté aquí?’* Preguntó
- *‘No’*

Ese ‘No’ tan rotundo, sonó a bofetada, más rotundo de lo que había previsto, pero no pude evitarlo, estaba enfadada. Entré en casa y cerré la puerta.

Raúl permaneció mucho rato en la calle mirando la puerta fijamente. Lo sé porque yo estaba al otro lado mirando igualmente la puerta desde el lado de dentro, mucho rato.

Pasé el día siguiente cocinando y buscando a mi abuela entre sus cosas. Abrí el baúl grande de la sala y saqué los manteles bordados y las toallas con puntilla de encaje e iniciales de punto de cruz, me parecía estar viendo cuando me contaba que las había cosido de soltera para el ajuar y que eran tan bonitas y tenían tanto trabajo que nunca había querido estropearlas usándolas, de niña me reía y le decía que en el baúl no servían para nada y ella se reía también y me decía que servían para hacerme reír. Por la tarde recorrí mis zonas preferidas del pueblo.

Al regreso de nuevo Raúl estaba en mi puerta.

- *‘Elisa, déjame hablar un segundo, quiero pedirte perdón, lo nuestro se estropeó por mi culpa. Nunca te dije que no pasó nada, que ella era sólo una compañera, cuando nos encontramos dio a entender otra cosa porque ella es así y por presumir. Y yo soy un estúpido, pensé que no tenía que darte explicaciones, que era libre y no tenía que justificarme. Pero no es cierto, sí que tenía que explicarte porque tú y yo éramos, somos, debemos...’* Dijo todo esto sin respirar, de un tirón

CERTAMEN DE RELATOS CORTOS

'No puedo, no podemos perder lo que teníamos, no sé qué es lo que quiero hacer el resto de mi vida pero sé que no quiero hacerlo si tú no estás'. Continuó

Toc, toc, toc, mi corazón rebotaba acelerado. Pensé un segundo sobre aquel discurso, esta vez no sonreía y parecía una angustia sincera, quizá si le importaba, entonces respondí:

- *'¿Y si volvemos a decirnos esas cosas?'*

Continuó a toda velocidad:

- *'¿Y si no volvemos a vernos? Y si vivimos separados y no te vuelvo a ver sonreír. En la tienda me han dicho que te hiciste daño en el tobillo ¿y si no puedo cuidarte más cuando estés enferma? o no veo cuando te pones bien o no estás cuando me despierte o no puedo hablarte de lo que me preocupa ese día o no veo tus ojos cuando estés pensativa'*

Entonces suspiré hondo dos veces, le miré a aquellos ojos, escrutando yo esta vez y me parecieron sinceros y me sentí llena de... no sé de qué, pero me sentí llena.

Le dije:

- *'Puedes pasar, podemos tomarnos un café'*

Me imaginé a mi abuela sentada un poco más atrás, al fondo del salón, espiando nuestra conversación y sonriendo divertida como una niña traviesa.

Ahora voy a dejar de escribir, espero que el lector me disculpe por no contar que pasó a continuación, solo diré que mi abuela... mejor no diré nada. Quizá algún día retome la historia o cuente la historia de la gaviota que primero se marchó a sus quehaceres aburrida de verme mirar el mar y luego decidió que de momento toleraría intrusos en su imperio, siempre que se marchasen en unas horas.

Por Elisa Eneldo.